

Las vocales deben, pues, prepararse á este voto importante, con el mismo espíritu de fé y la misma prudencia que hemos indicado mas arriba; sobre todo, deben guardarse de sus simpatías ó antipatías naturales, y no tener en lo absoluto mas mira, que la gloria de Dios, el bien de su comunidad y su salud eterna.

Este voto es de tal importancia, que la que en él no tome por guia sino la pasion y el capricho, incurrirá evidentemente en una falta muy notable

Pero ¿cómo podrán las vocales procurarse las luces necesarias para hacer bien sus votos?

Les buscarán: 1.º en la oracion; 2.º en reflexiones prudentes que hagan al pié de la cruz.

Cuando se trata de recibir á las aspirantes á tomar el hábito, ó á las novicias á la profesion religiosa, las vocales, que no ven sino raras veces y de lejos, en cierto modo, los asuntos que deben ser el objeto de su voto, pues ordinariamente el noviciado está separado de la comunidad, pueden, con toda seguridad de su conciencia, formar un juicio sobre las instrucciones detalladas que les proporcionen la superiora y las maestras de novicias, y votar

sucece a veces, continúa el mismo autor, que no da uno su voto, sino porque se trata de una persona que nos pertenece, que amamos, que nos conviene, y que en su empleo

tiéndose oprimida de tristeza, se le escapá, en fuerza de su pena, culpar á Nuestro Señor y quejarse de su rigor para con ella. Parece que reprocha á Dios

con arreglo á dichas instrucciones. Si padeciesen alguna equivocacion, la falta no recaeria sobre ellas de ninguna manera.

CAPITULO II.

DE LAS PRUEBAS DE LA VIDA INTERIOR.

Está escrito en nuestros libros santos, que Dios prueba á los que ama, y la esperiencia nos enseña que así lo ha hecho siempre con las almas en quienes ha tenido miras de perfeccion: las que él llama á la vida religiosa, deben, pues, esperar pruebas. Ya, al tratar de la oracion, hemos tocado de paso este asunto importante; pero como las pruebas no solo se limitan á este ejercicio, hablaremos de ellas en este capítulo, de una manera mas general y estensa.

ARTICULO PRIMERO.

De las penas interiores en general.

Despues de que la alma ha estado por algun tiempo favorecida con los consuelos divinos, (pues por lo comun, Dios la consuela

Las vocales deben, pues, prepararse á este voto importante, con el mismo espíritu de fé y la misma prudencia que hemos indicado. Todo esto deben guardarse de

en los principios para animarla en el camino de la perfeccion,) sucede, dice el padre Nouët, que Dios se retira por un designio secreto de su Providencia, y hace secar la fuente de sus delicias espirituales.

Entonces el entendimiento, acostumbrado á gozar de la luz de Dios, se encuentra en una oscuridad espantosa y terrible; y como ya no tiene libertad para obrar, ni el placer de recibir la luz que le venia de lo alto, del Padre de las luces, le parece que se ha vuelto ciego; tan vacío se halla de buenos pensamientos; y esta privacion de vista, unida á su impotencia, se le hace muy sensible.

La voluntad que antes tenia de tan grandes aficciones, ó al menos tan grande fuerza y vigor para abrazar el bien, por contrario que fuese á sus inclinaciones, no puede ya formar, en su concepto, un solo deseo de la virtud, y permanece en una extrema sequedad, insensibilidad y languidez.

La memoria ya nada recuerda, ó si tiene algun recuerdo de Dios ó de las gracias que ha recibido de él, solo sirve este recuerdo para aumentar su dolor y el pesar de haber perdido estas gracias.

tiéndose oprimida de tristeza, se le escapá, en fuerza de su pena, culpar á Nuestro Señor y quejarse de su rigor para con ella. Parece que reprocha á Dios en d

El apetito interior resiente grande turbacion y una aversion furiosa por la práctica de las virtudes y de la mortificacion, cosas que teme como muy dificiles y contrarias á la naturaleza; de donde resulta que se abandona á una tristeza suma, que abate su valor y cambia en hiel todas las dulzuras que antes sentia.

De este modo, desolada la alma, viéndose reducida á un estado tan lamentable, en que no puede servirse ni de la memoria para recordar, ni del entendimiento para meditar, ni de la voluntad para inclinarse al bien, entra á veces en un temor tan grande, que se juzga como abandonada de Dios, imaginándose algun pecado grave que ella no conoce, y que acaso lo que le pasa es una señal de reprobacion, ó que todo lo que ha pasado antes entre Dios y ella, no ha sido sino ilusion. El diablo percibe su pena; y tratando de pescar en agua turbia, aprovecha la ocasion de atacarle con diversas tentaciones para hacerle caer en sus redes. Despierta de nuevo sus pasiones, inclinándole á las cosas sensibles, y hace levantar en su corazon muchas inquie-

Las vocales deben, pues, prepararse á este voto importante, con el mismo espíritu de fé y la misma prudencia que hemos indicado. Pero todo deben guardarse de

tudes que la entristecen y apesaran de una manera que apenas puede soportar.

La tiente de desesperacion, persuadiéndola que ya no tiene recursos, y que habiendo abusado mucho de los dones de Dios, ha merecido una eterna desgracia por sus infidelidades; la tiente de blasfemia y de murmuracion contra Dios, como si fuese cruel y desapiadado con ella.

La importuna con mil pensamientos horribles y mil dudas contra la fé, para hacerle perder la paciencia y la tranquilidad del espíritu. Agitada con la tormenta que le combate sin cesar, y penetrada de un dolor tan punzante, se entenece algunas veces por sus sufrimientos, y tiene compasion de sí misma. Otras veces va á buscar el apoyo y el consuelo en los consejos de su director, que mas la entristece que la consuela; en la lectura de los libros espirituales, y en los ejercicios de devocion, que no hacen mas de cansarla; en las penitencias, ayunos, vigalias, mortificaciones, que agotan las pocas fuerzas que le quedan, y matan el cuerpo sin sanar el espíritu.

Otras veces tambien, llega á tal extremo, que no encontrando remedio alguno, y sin-

tiéndose oprimida de tristeza, se le escapa, en fuerza de su pena, culpar á Nuestro Señor y quejarse de su rigor para con ella. Parece que reprocha á Dios su dureza y le dice como Job: *¡Oh, qué cruel os habeis vuelto!* Mil pensamientos negros y afflictivos se levantan en su espíritu; vienen unos tras otros, y á veces todos juntos, para oprimirle.

Ora se ofrece á padecer hasta el fin del mundo, ora tambien pide alivio; otras veces desearia, si le fuese permitido, verse reducida á la nada y aun abismada en los infiernos; en fin, su espíritu siente mil impulsos, y dice mil cosas que serian otras tantas blasfemias si su voluntad tomase parte en ellas, y si no fueran mas bien espresiones de la pena que siente, que movimientos deliberados. Pero como estas palabras vienen solo de los labios y no del corazon, estas impertinencias son en algun modo disculpables; por lo menos, no deben considerarse siempre como criminales, pues vemos que la alma, al hacer sus reflexiones, se humilla al momento y se entrega toda á Dios, por una total obediencia á su voluntad.

Así es que, lo que causa su pena, es solo el amor que le tiene; porque cuando cree que

DIOS
Para manifestar que es dueño absoluto de los corazones, y que tiene las llaves del cielo y del infierno, junta á veces dos cosas en una misma alma, vertiendo en ella luces extraor-

no le ama, no puede tener ningun contento; y sin embargo, esta falta de amor que cree tener, no la afligiria así si no le amase.

La tentacion mas peligrosa y la mas perjudicial á las almas afligidas, que, por otra parte, tienen temor de Dios, y empeño en adquirir la perfeccion, es la que les persuade á eesaminarse sobre los pensamientos que han tenido, para ver si han consentido ó no. Este eesámen hace mas mal que el mal mismo, porque causa al alma una extrema inquietud y le impide estar atenta á Dios y á su deber. La pena que tiene en sufrir la tentacion, prueba que no la consiente. Y aun cuando viera en realidad que habia cometido alguna falta, deberia humillarse sin turbarse; formar un acto de contricion con tranquilidad sin concebir por dicha falta, aspereza, sentimiento y amargura; acusarse de ella sencillamente, sin quejarse ni atormentarse, y luego permanecer en reposo sin volver á recordarla.

Es un artificio del espíritu de tinieblas, sugerir á la alma que se le resiste estos eesámenes eescrupulosos, bajo el pretesto de una pureza mas perfecta, cuando él ve que de ningun modo puede ganar su consentimiento. Y cuando una vez logra enredarla en este

... y matan el cuerpo sin sanar el espíritu.

Otras veces tambien, llega á tal extremo, que no encontrando remedio alguno, y sin-

laberinto, no se contenta con usar de la estratagema, en orden á las tentaciones presentes; le pone delante de los ojos toda su vida pasada, enredándole en mil dudas, y persuadiéndole que no se ha declarado bien en las confesiones anteriores, y que por consiguiente debe comenzarlas de nuevo. Sobre todo, espia el tiempo de la comunion y de la oracion para atormentarla y hacerle perder el fruto de una y otra, y le aprisiona entre sus redes con tal finura y sutileza, que no puede escapársele sino por una grande y absoluta sumision de su propio juicio, para dejarse conducir á ciegas por unos caminos tan oscuros. Pero esto es ordinariamente lo que le cuesta mas trabajo; porque si se le dice que no debe afligirse por las tentaciones importunas, ya sean contra la fé ó contra la pureza, ni hacerse violencia para producir actos contrarios, ella toma esto por un consentimiento tácito; y si se le dice que no se detenga en los eescrúpulos que le ocurran, ni sobre su vida pasada, ni sobre su estado presente, se figura ella que los que la conducen nada saben sobre esto, y que seguramente está obligada, bajo pena de pecado mortal, á tener una eesplieacion mas clara.

Dios es el dueño absoluto de los corazones, y que tiene las llaves del cielo y del infierno, junta á veces dos cosas en una misma alma, vertiendo en ella luces eestraor-

Pasa todavía mas adelante, y se imagina que ni los superiores ni los confesores pueden dispensarla de los mandamientos de Dios y de la Iglesia; y que siendo el de la confesion uno de los mas importantes, no podria desempeñarlo como se necesita, si no reflexionara sin cesar sobre sí misma, aunque en efecto, no saca otro provecho que ir á decir multitud de cosas, inútiles muchas veces, aun ridiculas é indignas del Sacramento.

Por lo demás, quien la creyera la dejaria siempre hablar de su pena, y sin embargo, no hay nada que le sea mas nocivo, porque es mantener su mal é impedir la operacion de Dios en ella. Esto nace de una debilidad de espíritu acompañada de un orgullo secreto, ó de un amor propio muy sutil que se cubre con la capa de la humildad, pensando practicar esta santa virtud, diciendo muchas cosas muy abyectas, tanto en la confesion quanto en la declaración que hace de su estado; en lo cual se engaña miserablemente, pues la verdadera humildad seria someter su juicio y dejar todo lo demás.

He aquí un bosquejo de lo que pasa en las almas afligidas de las penas interiores: no porque una misma alma padezca siempre todas

ritu. y matan el cuerpo sin sanar el espíritu.

Otras veces tambien, llega á tal extremo, que no encontrando remedio alguno, y sin-

der la confianza de sí mismas, las pone en el camino de los méritos, y les hace buscar, no los consuelos de Dios, sino al Dios de las consolaciones. Así como...

estas penas á un tiempo; porque la desolacion no es siempre universal, ni en cuanto á las penas, ni en cuanto á la duracion: hay unas que son casi continuas, otras que vienen de cuando en cuando sin regla, otras que tienen un tiempo determinado.

Tambien hay grados é intervalos en estas pruebas. Si las penas son grandes al principio, son aun mayores en lo sucesivo, y grandísimas al fin. Mas tambien algunas veces hay buenos momentos en que Dios se comunica al alma con mucha suavidad, despues de lo cual padece grandes sufrimientos, que tambien son seguidos de las mas íntimas comunicaciones, á proporcion del tiempo que ha sufrido y la fidelidad que ha tenido. Cuando está oprimida de la pena, le parece que ya no debe jamás tener ningun contento, y cuando está llena de consuelo, no puede persuadirse que haya alguna cosa que pueda causarle pena en lo de adelante.

Sin embargo, no siempre se conduce así Dios en las pruebas que envia á las almas. Para manifestar que es dueño absoluto de los corazones, y que tiene las llaves del cielo y del infierno, junta á veces dos cosas en una misma alma, vertiendo en ella luces extraor-

Pasa todavía mas adelante, y se imagina que ni los superiores ni los confesores pueden dispensarla de los mandamientos de Dios y de la confesion uno

dinarias, por una parte, mientras que por otra se ve reducida á la agonía por el exceso de sus dolores.

El consejo mas importante que puede darse al alma que se halla en alguno de los estados de que acabamos de hablar, es dejar obrar á Dios, y recibir, sufrir y soportar todo lo que hace y permite, con una paciencia invencible y un perfectísimo abandono á su voluntad, sin espantarse ni creer que todo está perdido, por grande que sea la pena que padezca. Que espere, pues, la visita de Dios con una amorosa confianza; que no se deje abatir por el fastidio, aunque sufra mucho y descubra alguna imperfeccion en sí misma; que recuerde que los amigos mas grandes de Dios, las Teresas, los Juanes de la Cruz, etc., han pasado por estos estados; procure no descuidar nada de lo concerniente á la obediencia y á la práctica de las virtudes; desempeñe cuidadosamente su oficio y cuanto se le encargue, á ejemplo de Jesucristo, que oprimido de una tristeza mortal, no dejó por eso de ir á hacer su oracion al mismo lugar y á la misma hora que acostumbraba, y como un pastor bueno y vigilante, abandonó tres veces su oracion para ir á visitar y consolar á sus

der la confianza de sí mismas, las pone en el camino de los méritos, y les hace buscar, no los consuelos de Dios, sino al Dios de las consolaciones. Así que

pobres discípulos, abatidos por la languidez, la tristeza y pusilanidad. Que imite este gran modelo, y no omita nada de lo que está en su deber respecto del exterior; y en orden al interior, que se contente con calmar sus pasiones, sin violentarse ni obligarse á producir muchos actos, ó abstenerse de otros ejercicios.

ARTICULO SEGUNDO.

De los escrúpulos.—Su principio y su remedio.

El escrúpulo es una duda que no tiene fundamento, ó si le tiene, es muy poco, que turba la conciencia y la llena de inquietudes. Es una vana aprension, un temor pueril de que haya pecado donde realmente no le hay, y que da por resultado un pesar que inquieta la alma y la hace irresoluta.

Los síntomas del escrúpulo pueden reducirse á cuatro: 1.º Cambiar sin cesar de sentimiento á las mas ligeras apariencias, juzgando, ya permitido ó ya ilícito, lo que se va á hacer ó lo que se ha hecho. 2.º Detenerse á menudo en reflexiones minuciosas y aun extravagantes, sobre las circunstancias mas

Pasa todavía mas adelante, y se imagina que ni los superiores ni los confesores pueden dispensarla de los mandamientos de Dios y de la confesion uno

ligeras de sus acciones. 3.º Manifestar mucho apego á su propia opinion; consultar á muchas personas, pesar poco sus consejos, y solo fiarse en sí misma. 4.º Obrar con ansiedad, con una especie de turbacion que quita la atencion y el discernimiento, embaraza la libertad, y tiene á la alma como cautiva.

Pueden señalarse tres causas á los escrúpulos: Dios, el propio fondo del hombre, y el espíritu de tinieblas.

Primeramente, los escrúpulos pueden venir de Dios; no porque Dios sea el principio y el autor de nuestras ilusiones, sino que por motivos conocidos de su soberana sabiduría, nos rehusa á veces las luces que pudieran disiparlas. Por esta sustraccion de luz castiga Dios á ciertas almas, haciéndoles expiar faltas pasajeras, ó los desarreglos de su vida pasada, y esta penitencia vale bien los cilicios y otra clase de mortificaciones.

Tambien puede decirse, que Dios reprime de este modo, en las almas de un mérito distinguido, el orgullo que pudieran producir en ellas la ciencia y los talentos; reanima el fervor y el celo en las personas tibias, y dispone ciertas almas para las mas altas virtudes, porque este estado las humilla, las hace per-

der la confianza de sí mismas, las pone en el camino de los méritos, y les hace buscar, no los consuelos de Dios, sino al Dios de las consolaciones. Así es como Santa Teresa y otros muchos se han elevado á la mas alta perfeccion; y cuando se trata de personas que Dios destina á la direccion de las almas, les enseña por su propia esperiencia la conducta que deben observar con las demás.

Para conocer si los escrúpulos vienen de Dios, es útil examinar los motivos de que nacen y los efectos que producen. Cuando provienen de Dios, tienen por motivo un gran temor de ofenderle, y aunque este temor pasa de los límites de la prudencia, sin embargo, parte de un buen principio, que en el fondo es la caridad. Los efectos de los escrúpulos que provienen de Dios, son un horror mas sensible del pecado, una huida mas exacta de las ocasiones, una reforma cada dia mas perfecta de la vida pasada, esfuerzos mas generosos para adelantar en la virtud.

Ordinariamente, estos escrúpulos no duran mucho tiempo. En cuanto Dios ve que estas almas escogidas están bien purificadas, disipa, segun su promesa, la tempestad que les agitaba, y les hace gustar una serenidad por-

No hay sobre la tierra una posicion, por ventajosa que sea, ni estado tan santo, donde no se encuentren algunos escollos, contra los

funda. Estas personas, para obtener la curacion de sus escrúpulos, deben aplicarse á conocer lo que Dios eesige de ellas, y complacerlo con un corazon generoso.

En segundo lugar, pueden provenir los escrúpulos, del propio fondo del hombre. Nacen frecuentemente, dicen los padres, de un temperamento frio, melancólico, naturalmente dispuesto al temor y á la duda, ó de una constitucion flemática, ávida de reposo, impaciente, y que se horroriza de todo lo que tiene alguna dificultad, ó de la mala disposicion de la imaginacion, que por su grande vivacidad le impresionan y conmueven todos los objetos que se le presentan; ó de la ligereza del espíritu, que cambia con facilidad de opinion á la mas ligera apariencia; ó de la sutileza del mismo espíritu, muy ingenioso para presentarse dificultades, y muy fácil para turbarse cuando se trata de resolverlas; ó en fin, de la pequenez de éste, que no permite considerar los objetos, sino en una cierta estension, por un solo lado, que no puede hacer un discernimiento justo entre el bien y el mal, entre el pecado mortal y el venial, entre la tentacion y el consentimiento.

A todas estas causas se reunen muchas

que pueden producir en ellas la ciencia y los talentos; reanima el fervor y el celo en las personas tibias, y dispone ciertas almas para las mas altas virtudes, porque este estado las humilla, las hace per-

vezes otras mas, tales como las austeridades inmoderadas que debilitan el espíritu, la sociedad de personas escrupulosas, la ignorancia, la lectura mal entendida de libros sábios, los estudios superficiales, etc., etc.

En otras personas, los escrúpulos tienen por principio el orgullo. Abundan en su propio sentido, lo que produce el encaprichamiento y la dificultad de someterse; otras veces quieren aparentar talento, presentan dificultades para todo, y de este modo turban sus ideas, etc.

Las personas cuyos escrúpulos vienen de su propio fondo, se conocen, por lo comun, por una melancolía profunda, una escesiva timidez para todas las cosas, una vana sutileza que en todo encuentra defectos; una irresolucion, un capricho que siempre las hace volver á sus primeras ideas, é impide que los mejores consejos penetren en su espíritu, de donde resulta una grande indocilidad, que no les permite dejarse persuadir de la verdad.

En tercer lugar, los escrúpulos pueden provenir del espíritu de tinieblas. Este cruel enemigo de la salud de las almas, observa con cuidado el estado de las almas; si percibe que una persona es inclinada á la relajacion, la

No hay sobre la tierra una posicion, por ventajosa que sea, ni estado tan santo, donde no se encuentren algunos escollos, contra los

escita para que se aficiona fuertemente á ciertas prácticas de supererogacion, á fin de que se crea piadosa, y no piense en los descuidos en que incurre, en el cumplimiento de sus deberes mas esenciales; dicha persona se atormenta con escrúpulos sobre objetos de pura devocion, mientras que no piensa en el desempeño de sus deberes mas indispensables.

Si, al contrario, el demonio ve una alma esacta, rígida en todo lo que es de su deber, é inclinada á los ejercicios de piedad, le sugiere un gran número de éstas para recargarla, hacer que las observe mal, y turbarla en seguida con sus infidelidades.

Otras veces trata de destruir, ó al menos debilitar la firmeza de una alma timorata, turbándole de tal modo la imaginacion, que no representa al entendimiento sino cosas tristes; la llena de vanos temores y perplejidades, haciéndola siempre temer el haber consentido en los malos pensamientos que le han venido, y en las impresiones que le han causado, etc., etc.

Se conoce que los escrúpulos vienen del demonio, por una lobreguez particular que se descubre en sus efectos; resfrian siempre á la alma para el bien, le inspiran aversion para

ellas la ciencia y los talentos; reanima el fervor y el celo en las personas tibias, y dispone ciertas almas para las mas altas virtudes, porque este estado las humilla, las hace per-

él, le representan sus males como incurables, le infunden sentimientos de desesperacion, obligándola á privarse de las cosas mas ligeras, como si fueran graves, permitiéndose sin remordimiento, acciones muy criminales.

Hay dos especies de remedios contra los escrúpulos: los generales que convienen á toda clase de escrúpulos, y los particulares, mas adaptados á las diferentes especies de escrúpulos, y á los diversos caractéres de las personas.

Los remedios generales pueden reducirse á cuatro principales.

1.º *La oracion humilde y ferviente.*—El alma escrupulosa necesita de una grande confianza en Dios; debe considerarle como un padre tierno que quiere salvar á todos sus hijos. En lo mas fuerte de sus inquietudes, debe mas bien recurrir á Dios que á su director; en la oracion hecha con fé, confianza y abandono en la misericordia de Dios, y no en la confesion, es donde sana el corazon de un escrupuloso.

2.º *Una obediencia entera y ciega á los consejos del confesor.*—La alma escrupulosa debe escoger un buen confesor, y tan luego como le encuentre, es necesario que tenga por

No hay sobre la tierra una posicion, por ventajosa que sea, ni estado tan santo, donde no se encuentren algunos escollos, contra los

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus propias luces, es preciso que sienta la necesidad indispensable de someterse á los consejos que se le dén. Fuera de esto, todos los remedios que pueden señalarse, son perfectamente inútiles; esta es la opinion de todos los maestros de la vida espiritual.

3.º *Huir de la ociosidad.*—Nada es mas saludable al escrupuloso, que ocuparse continuamente. El trabajo manual, sobre todo cuando es penoso, es muchas veces mejor remedio para los escrupulosos, que los consejos que se le puedan dar. Las obras esteriore de caridad, por ejemplo, distraen á la alma de las reflexiones tristes y espantosas, aplicándole á objetos tiernos: es menester hacer de modo que los momentos desocupados del escrupuloso, nunca pasen en la soledad. Seria de desear que entonces pudiese frecuentar á personas de buen sentido, sólidamente virtuosas, sin escrúpulos, y un humor alegre, no para hablarle de sus penas, sino para que aprenda por su ejemplo el verdadero modo de cumplir sus deberes, y se retire de sus locas y peligrosas cavilaciones.

... en ellas la ciencia y los talentos; reanima el fervor y el celo en las personas tibias, y dispone ciertas almas para las mas altas virtudes, porque este estado las humilla, las hace per-

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la volun-

4.º *Despreciar los pensamientos que le inquieten, y evitar todo lo que pueda turbarle, etc.*—Un escrupuloso que se escucha á sí mismo y reflexiona sobre sus escrúpulos, encuentra con mucho ingenio cosas que le turben, en materias insignificantes; se deja asustar por un peligro imaginario de pecar, en cada una de sus acciones; y aunque haya observado que solo es un vano y loco temor, se acostumbra á temer donde no hay el menor peligro. El remedio soberano, cuando comienza el escrúpulo á hacerse sentir, es dejarle pasar con calma y desprecio, poner toda la confianza en Dios, y determinarse dulcemente á seguir los consejos del confesor.

En cuanto á los remedios particulares que convienen á cada escrupuloso, á cada director toca aplicarlos, y á cada penitente mostrarse dócil á seguir los consejos que se le dén.

CAPITULO III.

DE LOS ESCOLLOS DE LA VIDA INTERIOR.

No hay sobre la tierra una posicion, por ventajosa que sea, ni estado tan santo, donde no se encuentren algunos escollos, contra los